

deberes penosos, la república está perdida. Apenas hemos reprimido los excesos de una falsa filosofía contra los cultos, apenas hemos pronunciado aquí el nombre de *ultrarevolucionarios*, cuando los partidarios del trono han querido aplicárselo á los patriotas ardientes que habian cometido de buena fe algunos errores hijos de su celo. Ellos buscan jefes en medio de vosotros. Su esperanza consiste en dividirnos y hacer que desconfiemos unos de otros. Esta funesta lucha vengaría á los aristócratas y á los girondinos. Es necesario confundir sus esperanzas haciendo juzgar á sus cómplices.»

Este informe de dos filos, dirigido evidentemente contra los hebertistas, que acusaban al comité de salud pública de debilidad, y contra los dantonistas, que le acusaban de excesivo rigor, terminaba por un decreto ordenando el pronto juicio de Dietrich, corregidor de Strasburgo, de Custine, hijo del general, y de cierto número de generales acusados de complicidad con el extranjero. Estas eran unas víctimas casi todas inocentes, inmoladas á la reconciliacion entre los tres partidos; sangre arrojada á la Convencion para apaciguarla. Pero este sacrificio no apaciguó nada.

VII

Las querellas de Camilo Desmoulins y de Hebert en sus periódicos mantenian la discordia. Sintomas mudos revelaban á los ojos de Robespierre y del comité las sordas murmuraciones de Danton. La abdicacion y el silencio de este orador inquietaban al comité de salud pública. Desde su regreso de Arcis-sur-Aube, su reposo no era natural, y su humanidad era sospechosa. La sangre de Setiembre, que aún manchaba sus manos, no habia hecho verosímil tanta piedad en el alma de Danton. Se veía en su indulgencia afectada un cálculo más bien que un sentimiento. Este cálculo era una amenaza contra los hombres que manejaban el arma de los suplicios. Danton, afectando separarse de ellos, parecia espiar la hora de un retroceso en la opinion pública para volver aquella arma contra ellos, imputarles la sangre derramada, echarles en cara las víctimas, aprovechar los resentimientos que habrian encendido, y apoderarse de la revolucion, que era su alma, entregándolos despues á la venganza del pueblo. Estas sospechas de Robespierre y del comité contra Danton estaban justificadas por su naturaleza, por su situacion y por su profunda política. También lo estaban por el temple de su alma, que pasaba, con la inconsecuencia de una sensacion, del arrebató del terrorista á la generosidad y á la compasion. Los crímenes y las virtudes de Danton se reunian en aquel momento para perderle. El fausto de su vida ociosa y llena de placeres en Sevres, cuando la república estaba ardiendo y cuando la sangre salía de todas sus venas; en fin, la fortuna inexplicable que se le atribuía, comparada con la indigencia de Robespierre, todo contribuía á hacerle sospechoso. Las temeridades de la pluma de Camilo Desmoulins recaian sobre Danton. No se creía que este jóven y ligero folletista fuese capaz de atreverse á tanto si no estuviera persuadido de que le cubria la sombra de un coloso. La audacia de su estilo pasaba por ser inspiracion de su protector.

Camilo Desmoulins habia querido adular á Robespierre, dirigiendo *El Viejo Franciscano* contra Hebert y su partido; pero se encontró con que ofendió al rival sombrío de Danton. ¡Extraño error de una adulacion extemporánea, que hiere en

lugar de acariciar! Todo el nudo del drama que va á desarrollarse estuvo en esta mala inteligencia de un folletista. Su inconsiderada pluma, queriendo matar á sus enemigos, anticipó la hora fatal para sus amigos y para sí propio. La impaciencia que tenia por darse importancia y fama le precipitó á su perdicion. Su muerte fué un aturdimiento, como lo habia sido su vida; pero al ménos fué un aturdimiento honrado, á veces sublime, y que borraba en la apariencia muchas prostituciones y bajezas.

Camilo Desmoulins empezó en su primer número del *Viejo Franciscano* por adular á Robespierre.

«La victoria ha quedado por los Jacobinos,—escribia relatando la justificacion de Danton,—porque en medio de la ruina de tantas reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre ha quedado intacta. Fuerte ya en el terreno ganado durante la enfermedad de Danton, el partido de sus acusadores, en medio de los pasajes más patéticos y más convincentes de su justificacion, silbaba, movia la cabeza y se sonreía, manifestando compadecerse, como si aquel discurso fuese el de un hombre condenado por todos los sufragios. Hemos vencido, sin embargo, porque despues de los discursos ardientes de Robespierre, en los cuales parece que el talento se aumenta á proporcion que van en aumento los peligros de la república, y viendo la impresion profunda que habian dejado en los ánimos, era imposible atreverse á levantar la voz contra Danton, sin dar, por decirlo así, un finiquito público de las guineas de Pitt.»

Afectaba en otro de los párrafos posteriores la adoracion á Marat para cubrirse con aquella fama póstuma contra los que le echaban en cara su debilidad:

«Despues de la muerte de aquel patriota tan esclarecido, á quien yo me atreví hace tres años á llamar el *divino* Marat, ésta es la única marcha que pueden seguir los enemigos de la república. ¡Cuántas veces, y lo atestigo con sesenta de mis colegas, he llorado en su seno las funestas consecuencias de esta marcha! En fin, Robespierre, en un discurso que la Convencion ha decretado que se envíe á toda Europa, ha levantado el velo. Convenia á su valor y á su popularidad deslizar diestramente, como lo ha hecho, la gran palabra, la saludable palabra de que Pitt ha cambiado de baterías; que ha tratado de hacer por medio de la exageracion lo que no habia podido por el moderantismo, y que hay hombres políticamente contrarrevolucionarios que trabajan en formar como Roland el espíritu público y en falsear la opinion en sentido contrario, pero encaminándola á un terreno igualmente fatal para la libertad. Despues, en dos discursos no ménos elocuentes, Robespierre se ha pronunciado en los Jacobinos con más vehemencia contra los intrigantes que con alabanzas públicas y exclusivas se lisonjean de desunirle de todos sus antiguos compañeros de armas y del batallon sagrado de los Franciscanos, con el cual habia batido tantas veces al ejército real. ¡Para vergüenza de los sacerdotes, él ha defendido el Dios que ellos abandonan cobardemente!»

Aquí Camilo Desmoulins hacía reflejar el talento de Tácito al hablar de las maldades modernas; el frances, en su pluma, era conciso y enérgico como el latin:

«Despues del sitio de Perusa, dicen los historiadores, á pesar de la capitulacion, la respuesta de Augusto fué: «¡Es necesario que todos perezcais!» Trescientos de los principales ciudadanos fueron conducidos al altar de Julio César y degollados en el día de los idus de Marzo; en seguida, el resto de los habitantes fué pa-

sado al filo de la espada, y la ciudad, que era una de las más hermosas de Italia, reducida á cenizas y arrasada como Herculano de la superficie de la tierra. «Había antiguamente en Roma, dice Tácito, una ley que explicaba los crímenes de Estado y los de lesa majestad que merecían pena capital. Estos crímenes de lesa majestad en la república se reducían á cuatro: si un ejército había sido abandonado en un país enemigo; si se habían excitado sediciones; si los miembros de los cuerpos constituidos administraban mal los negocios ó los caudales públicos; y si se había envilecido la majestad del pueblo romano. No tuvieron necesidad los emperadores sino de algunos artículos adicionales á esta ley para envolver á los ciudadanos y á las ciudades enteras en la proscripción. Desde que las intenciones se convirtieron en crímenes de Estado, no hubo más que dar un paso para cambiar en crímenes las simples miradas, la tristeza, la compasión, los suspiros y aún hasta el silencio. Bien pronto se achacó á un crimen de lesa majestad ó de contrarrevolución á la ciudad de Murcia el haber erigido un monumento á sus habitantes muertos en el sitio de Módena, combatiendo bajo Augusto; pero porque entónces Augusto combatía con Bruto, Murcia tuvo la suerte de Perusa.

»Crímen fué de contrarrevolución en Libon Druso el haber pedido á los agoreros que le dijese si poseería algún día grandes riquezas. Crímen de contrarrevolución en el periodista Cremucio Cordo el haber llamado á Bruto y á Casio los últimos romanos. Crímen de contrarrevolución en uno de los descendientes de Casio el tener en su poder un retrato de su bisabuelo. Crímen de contrarrevolución en Mamerco Escauro el haber compuesto una tragedia en que había versos de dos sentidos. Crímen de contrarrevolución en Torcuato Silano el gastar demasiado. Crímen de contrarrevolución en Petreyo el haber soñado con Claudio. Crímen de contrarrevolución en Apio Silano porque su mujer había soñado con él. Crímen de contrarrevolución en Pomponio el que un amigo de Sejano fué á refugiarse á su casa de campo. Crímen de contrarrevolución el quejarse de las desgracias de la época, porque esto era acusar al gobierno. Crímen de contrarrevolución el no invocar el genio de Calígula: por haber faltado á esto, gran número de ciudadanos fueron despedazados, conducidos á las minas, echados á las fieras, y algunos aserrados por medio del cuerpo. Crímen de contrarrevolución en la madre del cónsul Fabio Gemino el haber llorado la muerte funesta de su hijo.

»Era necesario manifestar alegría por la muerte de un pariente, si no se quería sufrir igual suerte. Bajo el imperio de Neron, muchos de los que habían perdido sus padres por orden del tirano fueron á dar gracias á los dioses. Por lo ménos era necesario aparentar un aire alegre y tranquilo. Se tenía miedo del mismo miedo. Todo era sombrío para el tirano. Si un ciudadano tenía popularidad, era mirado como un rival del príncipe que podía suscitar la guerra civil, y el infeliz era declarado sospechoso.

»Al contrario, si huía de la popularidad ó si se mantenía apartado de los negocios, si aquella vida retirada le valía cierta consideración, sospechoso.

»Si uno era pobre, era menester vigilarle más de cerca, porque nadie es más emprendedor que el que nada tiene. Sospechoso.

»Si érais de un carácter sombrío y melancólico, si vestíais con descuido, era porque estábais afligido por lo bien que iban los negocios públicos... Sospechoso.

»Si érais virtuoso y de costumbres austeras, se os tenía por un nuevo Bruto,

»que pretendía con su palidez censurar á una corte galante y obsequiosa. Sospechoso.

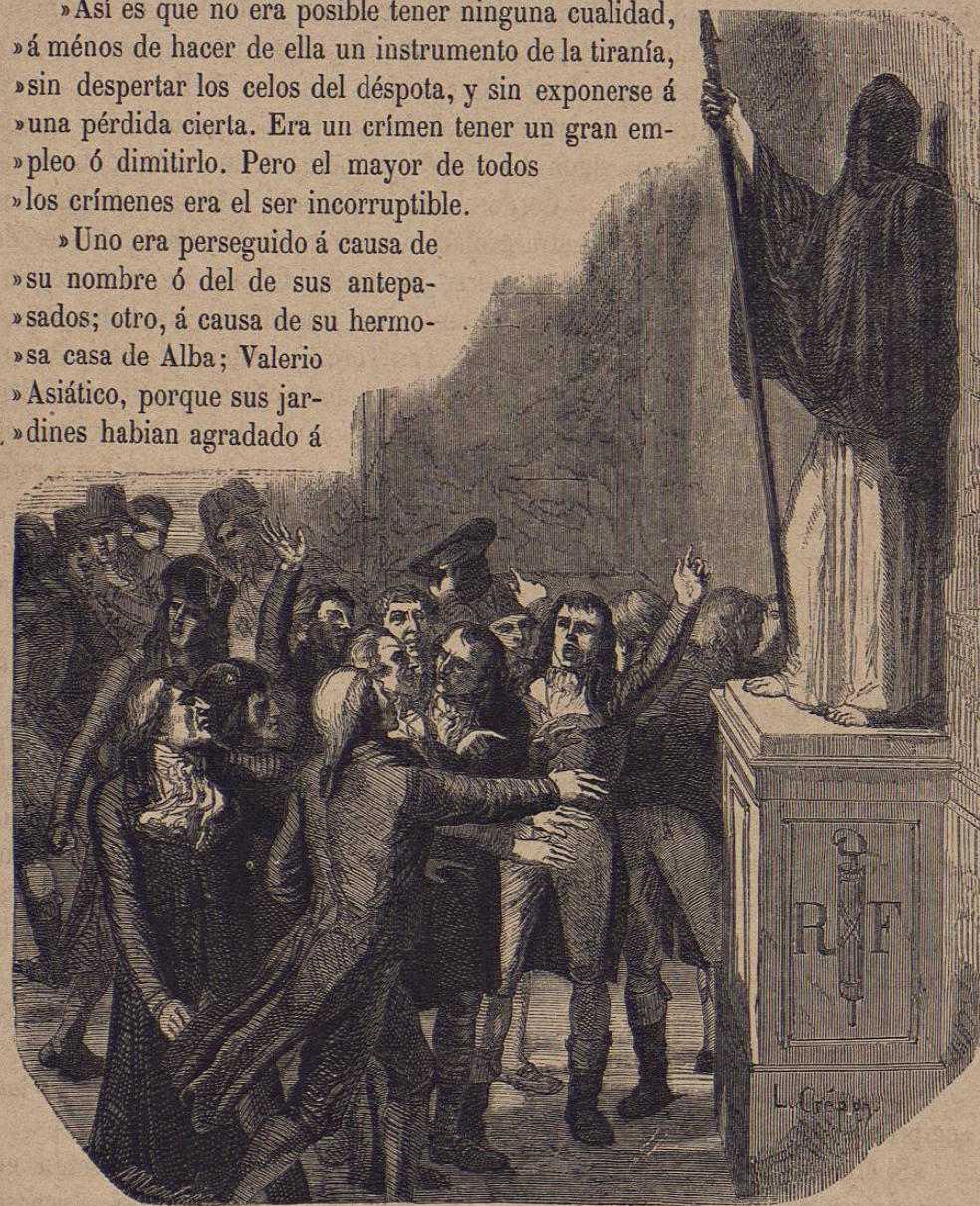
»Si érais filósofo, orador ó poeta, era porque os convenía tener más favor que los que gobernaban. ¿Podía permitirse que se hiciese más caso de un autor, que del emperador encerrado en su palco? Sospechoso.

»En fin, el que había adquirido reputación en la guerra, era más peligroso á causa de su talento. Con un general inepto puede hacerse lo que se quiere. Si es traidor, no puede entregar un ejército al enemigo sin que se trasluzca su traición. Pero si un oficial del mérito de Agricola ó de Corbulon llega á ser infiel, nadie se escapa de sus tramas. Lo mejor es deshacerse de ellos, ó cuando ménos tenerlos separados del mundo por sospechosos.

»Fácil es concebir que aún era peor ser nieto ó aliado de Augusto: el que reunía estas circunstancias, podía aspirar al trono. Sospechoso.

»Así es que no era posible tener ninguna cualidad, á ménos de hacer de ella un instrumento de la tiranía, sin despertar los celos del déspota, y sin exponerse á una pérdida cierta. Era un crimen tener un gran empleo ó dimitirlo. Pero el mayor de todos los crímenes era el ser incorruptible.

»Uno era perseguido á causa de su nombre ó del de sus antepasados; otro, á causa de su hermosa casa de Alba; Valerio Asiático, porque sus jardines habían agradado á



Sesion de los Franciscanos (4 de Marzo, 1794).—Pág. 326.

»la emperatriz; Itálico, porque le desagradaba su cara; y una multitud sin que supiesen la causa por qué eran perseguidos. Toranio, el tutor y el antiguo amigo de Augusto, fué proscrito por su pupilo sin otra causa que ser hombre de probidad y amar á su patria. Ni la pretura ni su inocencia pudieron librar á Quinto Galio de las manos sangrientas del ejecutor; aquel Augusto, cuya clemencia se ha alabado tanto, le arrancó los ojos por su propia mano. Cualquiera era engañado ó herido por sus esclavos ó por sus enemigos, y si no había enemigos, nunca faltaban asesinos. Estos eran un huésped, un amigo ó un hijo. En una palabra, bajo aquellos reinados, la muerte natural de un hombre célebre, ó que estuviese constituido en dignidad, era tan extraña, que se ponía en los periódicos como un acontecimiento, y se transmitía por el historiador á la memoria de los siglos venideros. Bajo aquel consulado, dice nuestro analista, el pontífice Pison murió en su cama, lo que pareció á todo el mundo un prodigio.»

»A tales acusadores, tales jueces. Los tribunales, protectores de la vida y de la propiedad de los ciudadanos, se habian convertido en carnicerías, en donde lo que se llamaba suplicio y confiscacion no era sino un robo y un asesinato. Si no habia medio de llevar á un hombre al tribunal, se tenia el recurso de asesinarle ó envenenarle. Celer Ælio, la famosa Locusta y el médico Aniceto eran unos envenenadores de profesion con privilegio exclusivo, y una especie de grandes oficiales de la corona, que siempre iban donde iba la corte. Cuando aquellas medidas no bastaban, el tirano recurria á una proscripcion general. Así fué como Caracalla, despues de haber muerto por su mano á Geta, declaró enemigos de la república á todos sus amigos y parientes, en número de veinte mil; y Tiberio, enemigo de la república, mató á todos los amigos y partidarios de Sejano, en número de treinta mil. Así fué como Sila, en un solo día, prohibió el fuego y el agua á setenta mil romanos. Si un emperador hubiera tenido una guardia pretoriana de tigres y panteras, no hubiera destrozado más personas que las destrozadas por los delatores, los libertos y los envenenadores de César; porque la crueldad causada por el hambre cesa con el hambre, en vez de que la que es causada por el temor, la concupiscencia y las sospechas de los tiranos, no tiene límites. ¡Hasta qué grado de envilecimiento y bajeza no habria descendido la especie humana, cuando vemos que Roma sufrió el gobierno de un monstruo que se quejaba de que su reinado no se señalase por alguna calamidad, peste, hambre, ó temblor de tierra; de un hombre que envidiaba á Augusto el haber tenido en el suyo un ejército destrozado, y al de Tiberio los desastres del anfiteatro de Fidenas, en donde habian perecido cincuenta mil personas, y para decirlo en una palabra, que deseaba que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza para poder colgarla en una ventana de su habitacion!»

VIII

Aquí se elevaba Camilo Desmoulins hasta la filosofía de Fenelon, para dar á la revolucion el colorido de una religion política:

«Algunos piensan sin duda que la libertad, así como la infancia, necesita pasar por los llantos y los gemidos para llegar á la edad madura. Pero con la libertad sucede todo lo contrario, y basta desearla para obtenerla. Un pueblo es libre en el mismo momento en que quiere serlo. La libertad no tiene ni infancia ni vejez;

no tiene más edad que la de la fuerza y el vigor; de otra suerte, los que se hacen matar por la república serian tan estúpidos como esos fanáticos de la Vendée que se hacen matar por las delicias del paraíso, de que no gozarán nunca. Cuando hayamos perecido en el combate, ¿resucitarémos á los tres días, como creen esos imbéciles campesinos? No, esta libertad que yo adoro no es el Dios desconocido. Combatimos por defender unos bienes de que estamos en posesion desde que se invocan. Estos bienes son la declaracion de los derechos, la dulzura de las máximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad y la inviolabilidad de los principios: ved aquí la huella de los pasos de la diosa.

»¡Oh queridos ciudadanos! ¿Estaríamos envilecidos hasta el punto de tener que prosternarnos ante tales divinidades? No; la libertad que ha bajado del cielo no es una ninfa de la Opera, no es un gorro encarnado, no es una camisa sucia ni unos harapos; la libertad es la dicha, es la razon, es la igualdad, es la justicia, es vuestra sublime constitucion. ¿Quereis que la reconozca, que me arroje á sus piés, y que vierta mi sangre por ella? Abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos que llamais sospechosos, porque en la declaracion de derechos no hay casas para los sospechosos, sino prisiones para los delincuentes. La sospecha no tiene más cárcel que el acusador público. No debe haber hombres sospechosos, sino hombres acusados de delitos previstos por la ley; y no creais que esta medida sería funesta á la república; ésta sería la medida más revolucionaria que podiais tomar. ¿Quereis exterminar á todos vuestros enemigos con la guillotina? Pero ¿puede darse mayor locura! ¿Podeis hacer perecer á uno en el cadalso sin atraeros el odio de toda su familia y de sus amigos? ¿Creéis que sean peligrosas esas mujeres, esos viejos, esos valetudinarios, esos egoistas y esos rezagados de la revolucion á quienes encerrais con tanto afán? De todos vuestros enemigos, no quedan ya sino los enfermos y los cobardes; los valientes y los fuertes, ó han emigrado, ó han perecido en Lyon y en la Vendée. El resto no merece vuestra ira. Esa multitud de fuldenses, de arrendadores, de tenderos que encarcelais en medio de la lucha de la república contra la monarquía, no ha reunido en su favor sino á aquel pueblo de Roma cuya indiferencia describe Tácito en el combate entre Vitelio y Vespasiano.»

La palabra *comité de clemencia* que Camilo habia arrojado á la opinion, lisonjeaba por otra parte la generosidad de los vencedores, consolando la miseria y la debilidad de los vencidos.

«¡Cuántas bendiciones se elevarian entónces de todas partes! Pienso muy diferentemente de los que os dicen que es menester poner al Terror en la órden del día; estoy seguro, al contrario, de que la libertad se consolidaria, y de que Europa quedaria vencida si tuviéseis un comité de clemencia. Este comité, que concluiría la revolucion, es una medida revolucionaria, y la más eficaz de todas cuando se distribuye con sabiduría. Llámame en buen hora moderado los imbéciles y los pícaros. No me avergüenzo de no ser más rabioso que Marco Bruto, y ved aquí lo que éste escribia: «Hareis mejor, mi querido Ciceron, en tener vigor para cortar las guerras civiles, que en ejercer vuestra ira en perseguir tenazmente á los vencidos». Sabido es que Trasíbulo, despues de apoderarse de Atenas á la cabeza de los desterrados, y despues de haber condenado á muerte á aquellos de los treinta tiranos que no habian perecido con las armas en la mano, usó de una indulgencia